

# EL ABSOLUTISMO ILUSTRADO Y LOS POBRES

ASISTENCIA Y REPRESIÓN EN EL MADRID DEL SIGLO XVIII

JACQUES SOUBEYROUX

Prólogo de José Luis Gómez Urdáñez



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección **HISTORIA Y PENSAMIENTO**, 33

© Del texto, Jacques Soubeyroux, 2022

© Del prólogo, José Luis Gómez Urdáñez, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022

Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

[info@puntodevistaeditores.com](mailto:info@puntodevistaeditores.com)

[puntodevistaeditores.com](http://puntodevistaeditores.com)

[@puntodevistaed](https://www.instagram.com/puntodevistaed)

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras

Diseño de cubierta: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-18322-80-8

Thema: NHD, NHTB, 1DSE

Depósito legal: M-23040-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

# Sumario

PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	19
PRIMERA PARTE. LOS POBRES EN EL MADRID DEL XVIII	25
1. El crecimiento demográfico	27
2. Un espacio urbano más controlado	41
3. Estructuras económicas y sociales	49
4. Salarios y poder adquisitivo	65
5. Las condiciones materiales de vida de los pobres	79
6. De la conflictividad popular al motín	91
7. El número de los pobres y su peso social	101
Conclusión de la primera parte	105
SEGUNDA PARTE. EL MUNDO DE LOS POBRES Y SUS REPRESENTACIONES	109
1. El discurso sobre la pobreza como formación discursiva	111
2. El pobre en la literatura y en las artes	127
3. La pobreza en el discurso religioso	163
4. La pobreza en el discurso económico-político	173
TERCERA PARTE. ASISTENCIA Y REPRESIÓN	209
1. El nuevo contexto legislativo	213
2. De la caridad tradicional a la asistencia pública	223
3. El Hospital General y la asistencia a los pobres enfermos	239
4. La Inclusa y la asistencia a los niños expósitos	255
5. Los hospicios de Madrid y de San Fernando	269
6. Las diputaciones de barrio y la asistencia a domicilio	291
7. La represión de los ilegalismos populares	307
8. Historias de unos destinados o los pobres ante la Justicia	329
CONCLUSIÓN GENERAL	347
BIBLIOGRAFÍA	351

La pobreza del pueblo es la defensa de la monarquía...  
La indigencia y la miseria privan de todo valor, embrutecen las almas, las acomodan al sufrimiento y a la esclavitud y las oprimen hasta el punto de privarlas de toda energía para sacudir el yugo.

TOMÁS MORO, *Utopía*

*Para Marie-Hélène*  
*Para Floriane*

## Prólogo

«Cuántos pobres tenemos», se preguntaba retóricamente un joven Campomanes en 1750. «Se podría decir que toda la nación lo es», se respondía. Pero ¿cuál era el mecanismo perverso que no paraba de fabricar pobres? Incluso para nuestros elegantes ilustrados, estaba claro que la causa originaria era el vicio de la ociosidad; los pobres ya no eran víctimas, sino culpables de su situación. Los pobres «verdaderos» estaban recogidos en casas de misericordia y hospitales; los otros, los «fingidos», eran en el fondo desestabilizadores de un sistema que debía funcionar bien *sin ellos*, tal como el mismo Campomanes escribió en 1774 tras veinte años de magistrado: «La riqueza es el sobrante de lo necesario para el sustento del pueblo. Si éste permanece ocioso y pobre, poca puede ser la riqueza de los nobles». Estaba claro para el asturiano que el papel del Estado —que nunca concibió sin la *dirección* de la nobleza— debía ser estimular al pobre para que trabajara y «creara riqueza», lo que llamaba el «sobrante», que es lo que permitía a la nobleza, «la que posee las más principales y más pingües tierras» —añadamos a la Iglesia, que comparte con los nobles el grueso de la propiedad—, ejercer su papel dirigente... ¡incluso en el fomento de la riqueza! El famoso fiscal del Consejo de Castilla aseguraba con auténtico descaro que era la nobleza la que «tiene el principal interés en fomentar la riqueza del pueblo, cuya industria da valor a sus posesiones». Hasta Feijoo, cincuenta años antes, había criticado la inutilidad de esos «nobles fantasmones que nada hacen toda la vida, sino pasear calles, abultar corrillos y comer la hacienda que les dejaron sus mayores».

Elijo este argumento y estas dos citas de Campomanes porque René Andioc las usó «para acabar con el enternecimiento

que aún suscita en ciertos historiadores la «filantropía» de los hombres políticos de la Ilustración». El célebre hispanista experto en el teatro del XVIII no necesitó salir del campo literario para avisarnos del peligro que suponía la visión dulzarrona, a la manera de Jean Sarrailh en su *España Ilustrada*, y para llegar a la intuición de que en el XVIII español «la preocupación por el orden supone la amenaza del desorden», ese desorden que siempre estuvo latente bajo la apariencia de la quietud que ha dado lugar a la idealización del *siglo feliz*. Son estos mismos argumentos los que, también por esas fechas de renovación de la historia del XVIII español, empleaba un joven Jacques Soubeyroux —tan hispanista como hispanizado—, que también olvidaba deliberadamente la versión de la «cruzada» a lo Sarrailh de los ilustrados españoles, siempre *dolientes ante el problema de la pobreza imposible de resolver*, para volcarse en el estudio «desde abajo» del problema social madrileño, pero en este caso, a través de fuentes archivísticas, es decir, de aquellos documentos donde el pobre se encontraba con la dicotomía característica del despotismo ilustrado: o caridad resignada, o represión justificada. Hoy sabemos que la línea que separa las dos soluciones es muy difusa y, como comprobaremos en este libro, es la clave de una nueva manera de ver el problema.

El manejo de las fuentes documentales en sus muchísimos trabajos de *historia social* es la huella distintiva del historiador Soubeyroux desde hace años —en 1978 publicó su tesis *Paupérisme et rapport sociaux à Madrid au 18e siècle*— y lo que, precisamente, le impidió seguir la senda *facilona* de Jean Sarrailh: los archivos. Luego vinieron obras de gran impacto como *El motín de Esquilache y el pueblo de Madrid* y numerosas aportaciones sobre la vertiente social del XVIII español hasta llegar a Goya, el activista político, no el «fotógrafo», sino el *engagé*, el que pintó lo que algunos pensaban y lo contrapuso con lo que vio y más con lo que él mismo pensó. Soubeyroux ha dedicado a Goya un precioso estudio —*Goya politique* (2011), traducción española de 2013— de

difícil aceptación para el conservadurismo que hoy rodea al genial pintor, y acompaña esta obra con las imágenes más incisivas que nos legó sobre el problema social.

Por todo ello, este libro es un paso de gigante. El gran historiador Soubeyroux suma aquí las visiones nuevas del siglo ilustrado en su vertiente política y social, las de los historiadores españoles de las dos últimas décadas, pero también la de Michel Foucault, que influye claramente en su visión de la represión de la pobreza, o en sus palabras: «la relación compleja en forma de oposición permanente entre el poder y los pobres», que es lo que anuncia que será el objetivo de esta obra. Al mundo de «los proyectos de reforma social desarrollados por las clases dirigentes», a la manera de Sarrailh y sus seguidores, y «al mundo de los pobres, artificialmente aislado», Soubeyroux opone en este libro una nueva explicación que, a mi parecer, refuerza lo que sabemos sobre el enmascaramiento de la violencia social por parte del absolutismo, disfrazado de paternalismo *ilustrado* —la filantropía de los privilegiados—, herencia que pasó intacta al conservadurismo decimonónico hispano, como puede comprobarse en los discursos parlamentarios que servirían de base a las leyes de beneficencia, pero también a las de vagos y maleantes. «La Ilustración, que descubrió las libertades, también inventó las disciplinas» (Foucault).

Soubeyroux descubrió muy pronto que Madrid era el mejor observatorio para comprender por qué ser pobre era una manera de mantener estable el sistema. Como ha reflejado recientemente en un brillante estudio sobre los esclavos de Madrid José Miguel López García, Soubeyroux demostró hace años que Madrid era el destino final de una «auténtica *inmigración de la miseria*». Ser pobre en Madrid, donde había muchos ricos, no era lo mismo que ser pobre en un pueblacho en el que todo era del conde y hasta los pocos ricos eran pobres, incluida la Iglesia local, que apenas podía mantenerse con unos diezmos escuálidos. Sin embargo, las 22 parroquias y los 70 conventos madrileños, y toda la aristocracia



nobiliaria del reino con casa en Madrid, «protegían» a miles de pobres, amparados por la virtud de la Caridad que, además, les abría las puertas del cielo. El propio rey iba repartiendo monedas cuando salía a cazar —«los pobres cazadores» que cita con ironía el autor—, o cuando atravesaba las calles camino de Atocha, dando ejemplo del alto valor de la caridad, a sabiendas del agradecimiento innato que estos gestos suscitaban entre los madrileños: una recomendación expresa que ya hizo Luis XIV a Felipe V en sus *instrucciones* antes de que viniera a ceñir el trono de España.

Los ilustrados no acertaban a comprender hasta qué punto Madrid era el mejor reflejo de sus políticas. Nadie explicaba por qué ociosos, malmorigerados y vagantes, fueran pobres válidos o fingidos, o delincuentes, elegían para subsistir Madrid, la ciudad que solo podía ofrecerles dormir en la calle, en las cuadras o en los soportales de la plaza Mayor, porque apenas había trabajo y hasta pedir limosna estaba regulado como un privilegio. Los bandos de expulsión de pobres se sucedían con cualquier motivo —la llegada de Carlos III por ejemplo, para que no viera una ciudad infestada de pobres—, pero no se daban explicaciones. Quizás no se quería aceptar que el pobre era el último soporte de un Madrid de nobles y criados, de ricos y siervos, de señoras y criadas, de trabajadores «descalificados» —Carlos III tuvo que admitir que todos los trabajos eran honrados, sea, hágase el milagro—, de malentretidos y arrastrasacos, de mujeres, jóvenes y niñas que ofrecían su trabajo a domicilio —lavanderas, zurcidoras, planchadoras, cocineras— a precio de miseria —¿o era una limosna?—, mientras gremios enteros rozaban la pobreza, pendientes de las oscilaciones del precio del pan «en un proceso de pauperización que no cesó de agravarse durante los reinados de Carlos III y Carlos IV, hasta echar abajo todo el sistema anterior de convivencia social», en palabras de Soubeyroux.

La Caridad era sospechosa —ya lo había dicho Voltaire, donde hay más caridad hay más pobres—, pero pocos se

atrevían a revelar que, en realidad, enmascaraba un formidable mecanismo que mantenía legiones de criados a bajo precio, poco más que lo que costaba un esclavo. En esas condiciones, ser pobre en Madrid y *resistir* solo se puede explicar porque quizás una de las aspiraciones de una amplia capa social fuera ser criado, y otra, que se mantuvieran las instituciones de caridad, o sea, la sopa de los conventos y, si hiciera falta, el hospital de pobres, la solución universal. Desde Domingo de Soto se invocaba la libertad del que acudía a la caridad —la libertad del pobre—; también la de los que le proporcionaban ayuda, empezando por el rey, que seguía dando ejemplo, eso sí, sin el menor interés por saber qué pasaba realmente en los centros de recogida, en realidad, centros correccionales de los que solo se publicitaba su labor asistencial. Ni siquiera el iluso de filantropía Pablo de Olavide se salva del certero bisturí de Soubeyroux —tampoco su crédulo biógrafo Marcelin Défourneaux—, como se comprueba en el capítulo dedicado al *gran correccional* de San Fernando.

Soubeyroux demuestra hasta qué punto la caridad estaba institucionalizada, desde la cúspide: las limosnas regias no eran solo simbólicas. Según un memorial de Floridablanca citado por el autor, «durante 1779 Carlos III otorgó a la Junta General de Caridad la suma de 186.200 reales, de los cuales 106.800 en el cuarto trimestre por corresponder a las dádivas habituales de la corona en Navidad». Tras el rey, las grandes familias nobles se mostraban ante los madrileños en la misma actitud y nutrían las numerosas instituciones caritativas madrileñas. «En 1779, entre los 192 diputados elegidos en las diputaciones de barrio, figuraban 104 nobles, de los cuales 7 eran duques, 19 condes y 42 marqueses». Así se entiende que ser pobre en Madrid pudiera ser visto como un privilegio y que incluso se expidieran certificados de serlo: en el gran trampantojo, todos estaban interesados en ello, por eso la pobreza parecía intemporal e irresoluble y se hacía verdad el lema evangélico «los pobres siempre los tendréis con vosotros». Incluso un Campomanes se mostraba en esto vencido,

pues sabía cuántos sacaban provecho y, como en tantas ocasiones, tuvo que callar.

En suma, mientras nuestros próceres ilustrados decían intentar remediar la miseria, en realidad estaban manteniendo el sistema que la generaba, un régimen de injusticia y servilismo que, como indica el autor recordando a Tomás Moro en *Utopía*, se basaba en el argumento de la «pobreza embrutecedora», la que deja a los pobres sin «energía para sacudir el yugo». Para nuestros ilustrados, el yugo era el orden, y el orden exigía represión: mantener siempre la «cuerda tirante», como recomendaba Floridablanca, que advertía que los pobres «en años de escasez son peligrosísimos». Toda la tercera parte de este libro se consagra precisamente a ese peligro y a la manera institucional de atajarlo.

Estamos, pues, ante una obra maestra que cierra un ciclo historiográfico y plantea un enfoque nuevo de un tema crucial en la historia social de España, originado como tantos otros en el *siglo olvidado*. Gracias a estudios como los de Soubeyroux, el XVIII español ya no es aquel siglo que España «perdió», según dijo Ortega, aquel siglo «desviado» y por ello abandonado en los años de las fanfarrias imperiales del *Régimen*, en el que la *España supeditada a Francia* había perdido hasta sus «virtudes raciales» según lamentaba un confeso menendezpelayista que hoy seguramente se sumaría a los esfuerzos de Elvira Roca por defendernos de la leyenda negra *reinventada* como un nuevo fantasma a la espera de nuevos salvadores a quienes agradecer nuevas hazañas. Porque las hazañas que trae Soubeyroux a este libro son las de los pobres, con sus nombres y apellidos —y muchas veces, con sus profesiones y sus delitos—, las de los «peligrosísimos» de Floridablanca, las de los excluidos de los libros de la *historia patria*, pues en todo tiempo, como decía un veedor de la Casa de Misericordia de Zaragoza, «muchos hablan de pobres, pero lo que quieren es verse lejos de ellos».

JOSÉ LUIS GÓMEZ URDÁÑEZ

## Introducción

El presente libro quiere ser una actualización y una puesta en perspectiva de los análisis y los resultados presentados en mi trabajo anterior, titulado *Pauperismo y relaciones sociales en Madrid en el siglo XVIII*, publicado en su traducción española en dos números de la revista *Estudios de historia social*.<sup>1</sup> Este trabajo había nacido a raíz de la publicación en 1954 del gran libro de Jean Sarrailh sobre *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII* que nos hizo descubrir la riqueza de una Ilustración española casi totalmente ignorada en aquel entonces en Francia. Fue uno de los capítulos del libro titulado «Generosas soluciones al problema social» el que me sugirió el tema de mi futura investigación. Esta se desarrolló en la década del 70, cuando reinaba la historia económica y social y me dediqué al análisis cuantitativo de la documentación de los archivos de las fundaciones de asistencia y de la policía de los pobres, reuniendo resultados que constituyen una base objetiva que sigue utilizada hasta hoy. Pero las conclusiones que saqué de estos análisis, contempladas con la lucidez que permiten la distancia temporal y las nuevas perspectivas sobre el Siglo de las Luces, abiertas tanto en Francia como en España, merecían ser profundamente revisadas. Y me pareció que, como autor de este trabajo pionero sobre la pobreza madrileña y como responsable de estas deficiencias, me tocaba asumir esta revisión.

El libro de Sarrailh llegó tarde a España en la traducción publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1979 y,

<sup>1</sup> «Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVIII (I)», *Estudios de historia social*, n.º 12-13, 1-2, 1980, pp. 7-227; y «El encuentro del pobre y la sociedad: asistencia y represión en el Madrid del siglo XVIII», *Estudios de historia social*, n.º 20-21, 1-2, 1982, pp. 7-225. Primera edición en francés en 1978.

juzgado ideológicamente peligroso por reivindicar un periodo silenciado en la universidad franquista, siguió a menudo censurado para que no lo pudiera leer la nueva generación de estudiantes. El manual más utilizado sobre la pobreza en aquel entonces era el libro de María Jiménez Salas (1958) que proponía un inventario de las diferentes instituciones benéficas y obras pías personales, desde finales de la Edad Media hasta la época contemporánea, como muestras de la caridad y del «caudal de amor a los indigentes que se ha derramado tan generosamente en nuestra patria», reivindicando la diferencia entre España y los países vecinos. Mi libro iba claramente en contra de esta diferencia, variante del lema franquista «España es diferente». Aplicando a la realidad española los métodos de análisis practicados por los historiadores franceses especialistas de la pobreza, Jean-Pierre Gutton y otros, demostraba, por lo contrario, las similitudes que existían en la problemática de la pobreza española con la de todos los países de la Europa Occidental. Pero los resultados de mis investigaciones debían haberme permitido ir mucho más allá de las conclusiones que saqué de ellas. El libro de Sarrailh se limitaba a comentar los discursos de los ilustrados, sin preocuparse por su aplicación concreta. El análisis de la abundante documentación en que se fundaba mi tesis mostraba que esa generosidad descrita por Sarrailh no era más que una de esas ilusiones creadas por el discurso ilustrado sobre las cuales se construyó una visión mítica de la ilustración, particularmente de Carlos III, que los historiadores han ido progresivamente revocando desde la década de 1970.

Pude seguir en particular este proceso de revisión de la Ilustración a través de las diferentes publicaciones de José Luis Gómez Urdáñez, quien me convenció de la necesaria actualización de mi trabajo sobre la pobreza. Su estudio sobre algunos de los ilustrados más progresistas que fueron «víctimas del absolutismo» (Gómez Urdáñez, 2020), como lo fueron también colectivos discriminados de las clases inferiores,

como los gitanos, me pareció abrir el paso para un trabajo más general enfocado sobre el mundo de los pobres que no podía menos de ser la principal víctima de la «sociedad castigada» que estaba descrita.

En contra de las afirmaciones de varios historiadores que criticaron el modelo de «sociedad disciplinaria» de Michel Foucault por su carácter demasiado sistemático y «su insuficiente empleo de fuentes» (De Vega, 1997: 31), me di cuenta de que este modelo, tal como está descrito en *Vigilar y castigar* y en *Defender la sociedad*, concordaba con la «violencia estructural» de la monarquía española y su evolución hacia un «absolutismo regio modernizado», tal como lo proponía Gómez Urdáñez. Trataré de mostrar a lo largo de mi trabajo cómo el modelo de «sociedad disciplinaria» en sí ofrece un buen esquema de interpretación de los mecanismos de control y de exclusión que condujo a una respuesta violenta de las clases populares madrileñas en 1766. El motín contra Esquilache, como respuesta de los pobres a la política de los gobernantes, significó una ruptura binaria de la sociedad entre una categoría que poseía el poder y defendía las reglas del orden monárquico tradicional (o sea *Defender la sociedad*) contra otra categoría (los «vagos», los mendigos, la «chusma», el pueblo en general), degradada por la ociosidad, la miseria y el vicio, representativa del desorden, que amenazaba esta sociedad.

Mi nuevo libro parte de presupuestos fundamentalmente distintos del anterior que privilegian la puesta en tela de juicio del carácter ilustrado de la política social del absolutismo. Mis análisis se centrarán principalmente en los reinados de Fernando VI, Carlos III (los años del «mejor alcalde») y Carlos IV, pero utilizaré esta periodización con cierta flexibilidad para precisar en algunos casos la situación anterior a 1746 y acudiendo en otros casos a documentos posteriores a 1808 que testimoniarán sobre las consecuencias del proceso descrito. Mi intención no es regresar al tópico anticuado de «la España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII».

La elección de este periodo corresponde a auténticas necesidades impuestas por el tema tratado. Partir del reinado de Fernando VI se justificaba por ser el momento en que, después de unos largos años de desorden, se reestructuró el sistema de gobierno de las tres principales fundaciones que tendremos que estudiar, el Hospital General, la Inclusa y el Hospicio, con la creación de Juntas y con proyectos, característicos de aquella época, de inspiración claramente ilustrada. Pero la década de 1760 lo cambió todo con el motín contra Esquilache y las nuevas medidas represivas que originó, acompañadas por un proceso de pauperización que no cesó de agravarse durante los reinados de Carlos III y Carlos IV, hasta echar abajo todo el sistema anterior de convivencia social.

La principal novedad de este libro consiste en contraponer como objetos de estudio dos entidades, absolutismo y pobreza, y en seguir la interacción entre ellas durante un largo medio siglo. O sea que, en vez de concentrar el trabajo sobre los proyectos de reforma social desarrollados por las clases dirigentes, como hicieron Sarrailh y muchos historiadores después de él, o de enfocarlo sobre el mundo de los pobres, artificialmente aislado, como había tratado de hacerlo en la versión precedente de mi trabajo, trataré ahora de abordarlo desde la perspectiva de la relación compleja en forma de oposición permanente entre el poder y los pobres, que me permitirá caracterizar a cada uno de los dos contrarios. Tal enfoque contrastivo no es nuevo, como lo atestigua el texto de Tomás Moro citado a modo de exordio, pero parece haber sido postergado por la primacía otorgada al estudio de la monarquía en sí y de su progresiva evolución entre los siglos XVI y XVIII, de la «monarquía católica» al «despotismo ilustrado».

Este estudio seguirá utilizando muchos resultados cuantitativos de los análisis documentales publicados en el trabajo anterior, pero estos resultados aparecerán también actualizados a la luz de diferentes trabajos sobre el Madrid del XVIII, publicados en particular por el equipo Madrid de investigaciones históricas de la Universidad Autónoma, que

corrigen no pocas insuficiencias de la documentación original y enriquecen notablemente nuestro conocimiento de esta sociedad. A ellos se añadirán los análisis de otros documentos de la época, estudiados en varios artículos personales que publiqué a lo largo de los últimos veinte años. Creo que la puesta en relación de estos diferentes componentes, analizados a partir de un nuevo esquema interpretativo, debe permitir construir una imagen, si no rigurosamente exacta, lo que es imposible, por lo menos más próxima a la realidad, o a las múltiples realidades, de la pobreza madrileña de la segunda mitad del XVIII. Una imagen que se irá construyendo contra la de un absolutismo pretendidamente ilustrado, que la determinó en gran medida durante esa larga fase represiva que originó la conmoción de 1766 y se intensificó en las décadas siguientes.

El recorrido que propongo se desarrollará en tres etapas:

- La primera será un acercamiento al lugar ocupado por el mundo de los pobres en la sociedad madrileña a nivel demográfico, económico y social, que mostrará las consecuencias de la constante interacción entre la agravación de la política represiva del poder monárquico y la del pauperismo, que son la causa convergente del motín de 1766.
- La segunda etapa tratará de profundizar las relaciones intersociales analizando las representaciones de la pobreza por las clases dominantes, tales como aparecen en la literatura, en la prensa, en las artes y en los discursos de dos instancias sociales y culturales particularmente operativas, la Iglesia y las sociedades económicas. Veremos, así, cómo la mayoría de los discursos producidos presentan al pobre como un «vago», elemento inútil y nefasto de la sociedad, e insisten en la necesidad de convertirlo en un sujeto idealmente «útil» gracias a su puesta al trabajo.
- En la tercera etapa se estudiará el momento decisivo de la relación directa entre los pobres y la sociedad a través de su enfrentamiento en los diferentes sistemas, a



la vez asistenciales y represivos, creados o adaptados a los nuevos tiempos por el absolutismo. Un enfrentamiento cada vez más violento, que se puede analizar en términos de «guerra» o como una prolongación de ella en las luchas sociales, siguiendo las propuestas de Michel Foucault, que se concluye por la condena de los pobres en forma de destierro o de encierro, y muchas veces por su eliminación física en unas fundaciones «caritativas» convertidas en otros tantos morideros, clara antítesis de las «generosas soluciones al problema social», descritas tanto por María Jiménez Salas como por Jean Sarrailh.

No puedo terminar sin expresar mi profundo agradecimiento por la constante ayuda que me prestaron a lo largo de varias décadas de entrañable amistad dos grandes especialistas de la historia del siglo XVIII, Roberto Fernández Díaz y José Luis Gómez Urdáñez. Este aceptó escribir el generoso prólogo que abre este volumen y, como lo expliqué más arriba, las perspectivas innovadoras abiertas por sus publicaciones influyeron decisivamente en mi trabajo. Sin ellas este libro no hubiera podido existir.